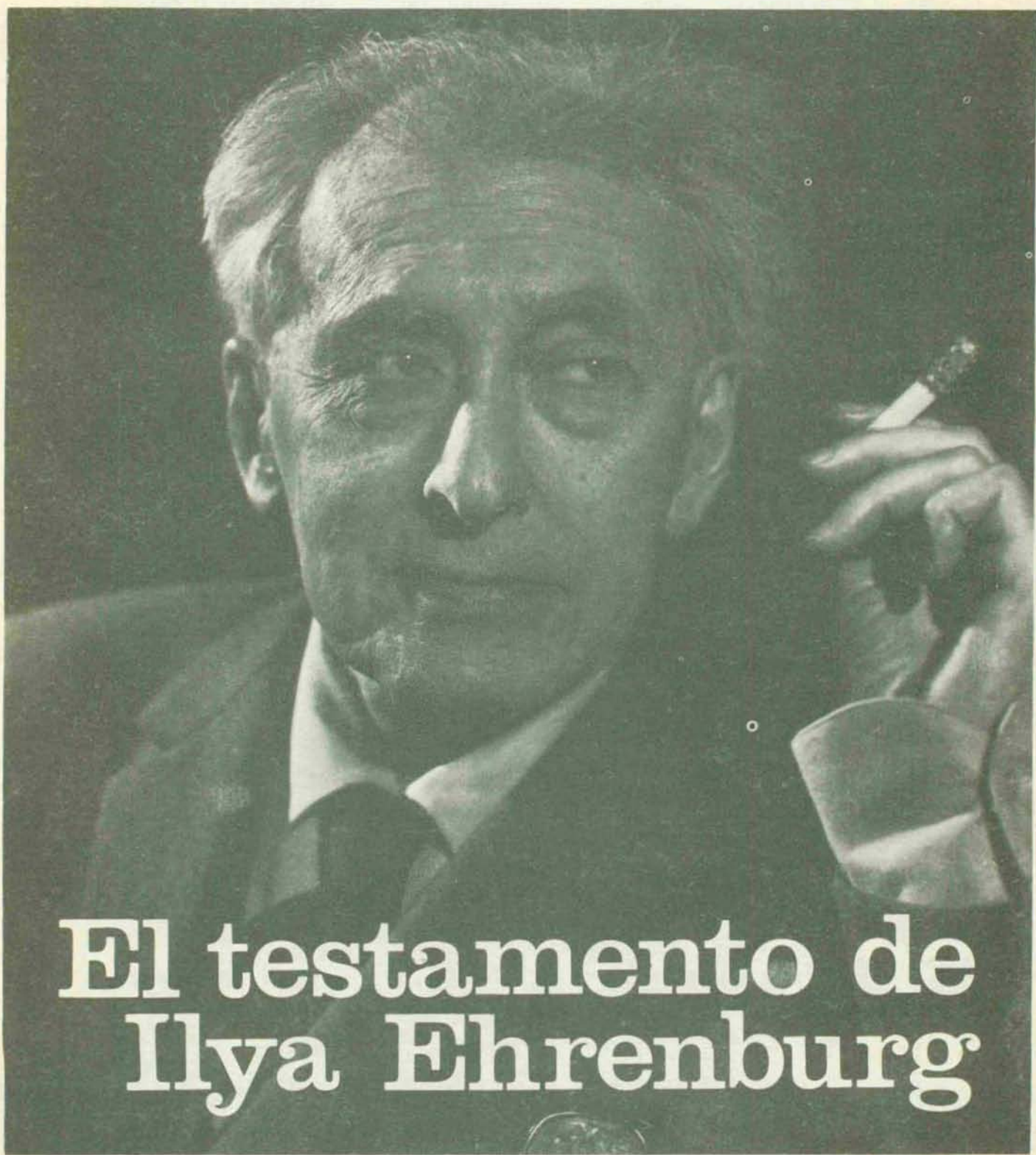


En el X Aniversario de su muerte



## El testamento de Ilya Ehrenburg

**S**U nombre completo era Ilya Grigorievich Ehrenburg. Había nacido en Kiev durante 1891. Murió hace diez años en Moscú, el 11 de septiembre de 1967. Tenía, por tanto, 76 años de edad.

Ya podríamos clasificarlo entre los no alineados por los cánones. En cincuenta años de escribir marcando el paso de su época, se esforzó por mostrar su inconformidad con la línea ortodoxa, desarrollando siempre

—sin importarle presiones oficiales ni imposiciones legales— su forma literaria nerviosa y sincera, con ideas verdaderas que a veces chocan y propenden a la polémica, o pareceres aceptados por el pueblo

o denostados por el mismo. En 1907 capitanea una revuelta de estudiantes que se convierte en paro académico y, ya fichado, es encarcelado poco tiempo después. Cuando sale de la cárcel (1908), se exilia a Francia y vive en París nueve años. 1917 es la fecha de su vuelta al calor de la Revolución, a su país. Tras la guerra, defraudado, regresa a la capital de Francia y emprende una crítica periodístico-literaria —crítica mordaz y a veces festiva— de lo que está ocurriendo en Rusia. Intima con los grandes pintores y literatos: Malraux, Eluard, Picaso, Chagall...

Vuelve a sus lares, en las puertas de la catástrofe nazi, a combatir como todos, y con su pluma, la locura hitleriana. Va a los territorios desolados por la barbarie, y la describe en crónicas profundas que levantan los ánimos de su pueblo y de su Ejército como combatiente eficaz del medio periodístico. Aplastada la resistencia nazi-fascista-nipona, Ehrenburg es nombrado directivo del organismo pro-paz marxista. Pasaron unos años y siguió luchando como escritor, ahora en defensa de la expresión de las ideas y los hechos en todos los pueblos, sobre todo en los literatos y artistas que comienzan su juventud, con el frecuente desagrado del Gobierno ruso.

Fue diputado al Soviet Supremo de la URSS y miembro del Consejo Mundial de la Paz. Premiado y honrado en numerosas ocasiones, escribió ochenta y tantas novelas, obras de teatro, cuentos y ensayos. Ha sido traducida a veinticinco

idiomas gran parte de su producción. Citemos, por ejemplo, los últimos libros: «Los egoístas», «Una calle de Moscú», «Fuera del caos», «La caída de París», «La tormenta», «La no-

vena ola», «El deshielo». «Memorias».

**Y he aquí ahora su «testamento», cómo pensaba Ilya Ehrenburg:**

## I. Ehrenburg España, república de trabajadores



«Lo primero que aprendí es que resulta mucho más difícil cambiar la mentalidad de la gente que el orden político y aun la economía de un país. El segundo de estos cambios puede efectuarse en unas cuantas horas, el tercero en varias décadas, pero el primero puede necesitar centurias», escribió Ilya Ehrenburg, de cuyo «España, república de trabajadores» (1932) reproducimos la portada en una reciente edición.

«La vida me lo ha enseñado todo, puesto que —lo mismo que todos— nací sin educación. Todo y nada, pues a diario me percaté de muchas cosas que no conozco. En los últimos quince años he estado aprendiendo cómo ser un anciano. Esto no es tan fácil como lo creí cuando era joven. Pensaba entonces que los

deseos desaparecen cuando es imposible satisfacerlos; comprendí después que el cuerpo envejece antes que el espíritu y que uno tiene que aprender a vivir como anciano. Se aprende aun al morir: morir de modo que la muerte sea un fin apropiado a la vida de uno no es arte sencillo.

Quien como yo ha prolongado su existencia en este mundo, debe saber que la experiencia, los conceptos y las emociones son todos relativos. No estoy de acuerdo con la gente de edad que censura a la generación joven; en vez de ayudarla a vivir de acuerdo con los requerimientos de la era presente, se limita a criticar los errores de la época. Se parece así a las viejas lámparas de petróleo que humean en lugar de dar luz; un pasatiempo nada recomendable.

Lo que voy a decir no constituye una lección para la juventud. Más bien es la confesión de un hombre nacido en el siglo pasado, muchas de cuyas ideas formaron su mentalidad. Semejante confesión quizá sea de alguna utilidad para los jóvenes. Desde luego, me doy cuenta de que la gente rara vez aprende de los errores de los demás..., no porque niegue valor al pasado, sino porque afronta nuevos problemas. La historia de cómo lastimaron a sus padres y abuelos no la salva de ser lastimada a su vez, porque la amenazan diferentes peligros. Al mismo tiempo, algunas de las desventuras sufridas por un anciano pueden servir para dar orientaciones útiles a los jóvenes. Por esta razón, he trabajado en los últimos siete años en escribir un libro de recuerdos: «**Gente, Años, Vida**».

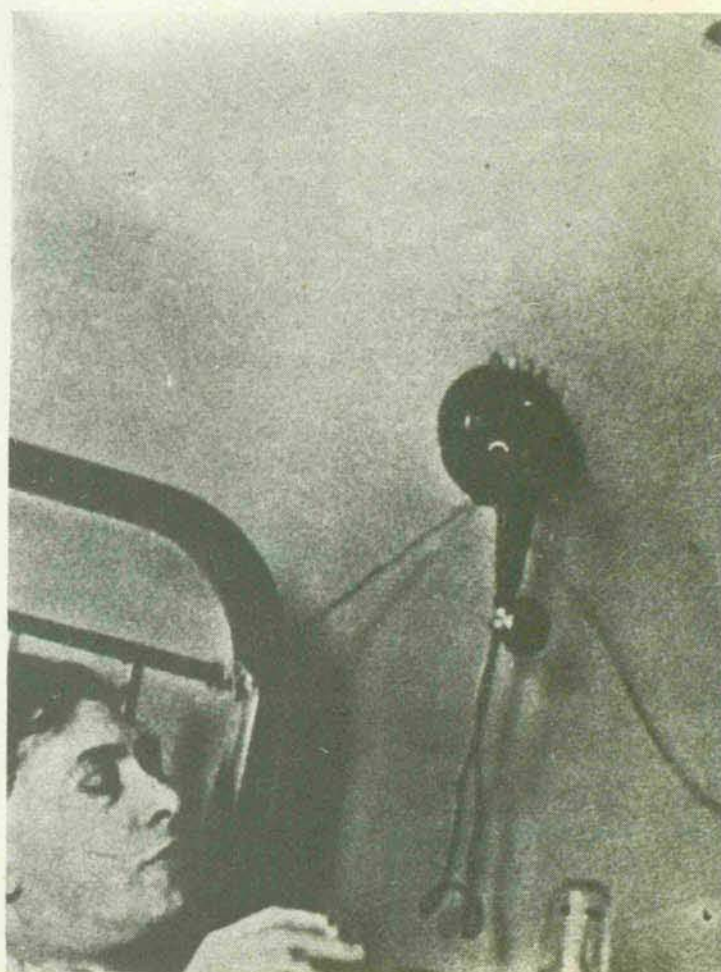
Es sabido que los adultos recordamos lo que vimos en nuestra niñez como si hubiera sido muy grande. Creía yo, por ejemplo, que había vivido en una casa muy grande por lo que, cuando siendo ya adulto visité la «gran» casa de mi infancia quedé sorprendido, pues es en realidad muy chica. Cuando joven, creía que la Historia se desarrollaba con velocidad vertiginosa, por más que en aquellos días no hubiese aeroplanos y los trenes se movieran con lenta dignidad, como ancianos asmáticos. Entonces no sabía que todo requiere mucho más tiempo del que uno quisiera y que la humanidad no corre raudamente en un automóvil de carreras por una autopista, sino que camina penosamente por senderos ondulantes que a veces dan vueltas y vueltas haciendo pensar a los pesimistas que se trata de círculos, cuando en realidad son espirales.

Cuando tenía quince años me obsesionaba la política; me adherí a una organización bolchevique clandestina y hasta estuve seis meses en una cárcel zarista. A los 18 años tuve que huir a París para no ser procesado. Allí empecé a componer poemas, me enamoré del arte y olvidé la política; pero la política pronto hizo presa en mí, como lo hizo con todo el mundo en Europa al estallar la Primera Guerra mundial y, tras ella, la Revolución Rusa.

¿Qué aprendí en las décadas siguientes? Pri-

mero que nada, que es mucho más difícil cambiar la mentalidad de la gente que el orden político y aun la economía de un país. El segundo de estos cambios puede efectuarse en unas cuantas horas, el tercero en varias décadas, pero el primero puede necesitar centurias. Permítaseme poner al nacionalismo y al racismo como ejemplo. Cuando niño, sabía que si quería ser admitido en la escuela tendría que superar a los demás en los exámenes de admisión; en aquel tiempo, las escuelas de Moscú tenían una cuota del tres por ciento de estudiantes judíos. Cuando visité a mi abuelo en Kiev, supe que había habido un «pogrom» y que sin duda habría otro. Mi padre acostumbraba a leer el «**Frankfurter Zeitung**» y el periódico liberal ruso «**Russkie Vedomosti**». Decía que era inimaginable el antisemitismo en un país tan avanzado culturalmente como Alemania. Treinta y cinco años después, los nazis realizaron en Berlín su «**Kristallnacht**» (Noche de Cristal), que fue como ellos llamaron a su «pogrom».

Viajando por los Estados Unidos, recorrí los Estados meridionales: Alabama, Mississippi, Louisiana. Era la primavera de 1946, un año después del colapso del racismo alemán. Allí vi otra forma de racismo. Los blancos han



insultado demasiado tiempo la dignidad nacional y humana en los Estados Unidos, África y Asia; se ha acumulado el odio y con frecuencia las cuentas se ajustan en la misma moneda. Ahora entiendo que uno debe ver el mundo como es realmente, y no confundir los deseos propios con la realidad. Naturalmente, sigo pensando que la solidaridad entre los hombres vencerá a la intolerancia, a la arrogancia racial y nacional, así como a la brutalidad, pero ahora sé que el camino es largo y que se requerirán esfuerzos agotadores y grandes sacrificios para lograrlo.

He vivido dos guerras mundiales (no cuento las guerras civiles rusa y española). He llegado a odiar la guerra no sólo porque destruye la flor de las naciones, sino porque aniquila los valores tanto materiales como espirituales y suscita un gran retroceso en el desarrollo de los pueblos y las naciones. No veo otra salida para la Humanidad que el desarme completo, especialmente ahora que los grandes descubrimientos en física están siendo utilizados para fabricar armas capaces de exterminar la vida en nuestro planeta. Y, sin embargo, esta necesidad urgente de salvar a la Humanidad del desastre final ha sido convertida en motivo de interminables disputas, que pueden pro-

longarse hasta que no quede nadie que estudie los archivos de las Conferencias de diez años de duración. Sin embargo, a pesar de todo, sigo siendo optimista. Creo que el deseo de vivir de la gente que no se interesa por el desarrollo de la industria bélica, a la que no obsesiona el deseo de probar que el orden al que está acostumbrada es moralmente correcto, y que no se fija en minucias ni forma entre los políticos ni los diplomáticos, acabará por obligar a todos a aceptar el desarme general.

¿Por qué me aferro a mi optimismo? Ciertamente, no porque tenga alguna fidelidad al cartesianismo. La verdad es que estoy demasiado acostumbrado a la lógica para renunciar a ella a la ligera. Una vez que hablaba con Einstein, me preguntó sonriendo cuánto eran dos por dos. Asombrado, le dije que me habían enseñado que la respuesta era cuatro.

—¿Pero usted qué opina? —me preguntó.

—Cuatro —contesté con timidez.

Einstein sonrió de nuevo:

—En cuanto a mí, no lo sé. Podrían ser cinco...

Sin embargo, cuando protestó contra las armas nucleares, Einstein fundó sus argumentos en la lógica.

Me niego a abandonar la esperanza. En los primeros días de la Revolución, Nicolai Taikhonov escribió un poema que terminaba con estas palabras:

**«Debe forjarse los clavos con gente como ésta. Serían los clavos más duros del mundo.»**

Muchos de mis contemporáneos han sido derribados, otros han sucumbido a sus pruebas, pero los supervivientes hemos sido forjados por la experiencia, nos hemos convertido verdaderamente en clavos. Y también nos hemos convertido en optimistas incorregibles. Pascal llamó al hombre «carrizo pensante», pero nosotros nos hemos ganado el derecho de llamarnos a nosotros mismos «clavos pensantes». Hemos desarrollado la característica que los historiadores literarios llaman «ironía romántica»; los clavos han aprendido a divertirse mutuamente entre sí y de los diversos martillos y mazos con los que entran en contacto. Son una raza muy especial.

¿Por qué creí que los nazis serían aplastados



«He llegado a odiar la guerra no sólo porque destruye la flor de las naciones, sino porque aniquila los valores tanto materiales como espirituales y suscita un gran retroceso en el desarrollo de los pueblos y las naciones.» Son palabras de Ehrenburg, a quien vemos visitado por su amigo Ernest Hemingway con motivo de la dolencia padecida por el escritor ruso en los días del Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia durante la guerra civil.

cuando, un frío día de enero de 1939, cruzaba la frontera francoespañola? ¿Por qué, cuando los nazis habían ocupado Kiev y se acercaban a Leningrado y Moscú, seguí pensando que el hombre vencería al nazismo? ¿Por qué creo hoy que va a llevarse a cabo el desarme general? ¿Se trata de mera obstinación? ¿Hay algo en la naturaleza humana que protege al hombre de la desesperación? No lo sé. Me limito a expresar con toda sinceridad lo que pienso y siento.

El alumbrado doble —como el que se produce cuando se enciende la luz eléctrica en el día— molesta mucho a la vista. He vivido toda mi vida a la luz doble de dos mundos diferentes y desiguales. Me parece que, aunque es mucho lo que los separa, debemos hacer algo para unificarlos.

Aun siendo adolescente amaba yo la justicia. Un hombre, a menos que sea rico o esté ebrio de poder, tiende a condicionar su felicidad personal a la de sus vecinos, su pueblo, la Humanidad entera. Esto no es retórica; son los sentimientos naturales de cualquier hombre que no se haya vuelto espiritualmente ciego y a quien no confunda la megalomanía.

En cuanto a la belleza espiritual, me parece que llena una necesidad vital como lo hace el verdor de la hierba o la sonrisa de un niño. Yo no recluiría, ni a costa de mi vida, a ninguno de los ideales que captaron mi imaginación cuando tenía quince años. Estoy tan convencido como siempre de que el interés en el capital no debe equipararse con el bienestar y la felicidad personal, y de que el sistema económico socialista no sólo es más racional, sino más ético que el sistema capitalista. Pero debemos agregar belleza a la justicia, imbuir calor humano en los mandamientos de la nueva sociedad.

Cuando era joven, la función principal de la Luna era la de arrojar su luz sobre los amantes. Ahora la fotografían y estudian, y pronto se convertirá en la primera etapa de la conquista del universo por el hombre. ¿Hará eso menos romántico el amor de los jóvenes? Lo creo difícil.

Dije antes que, en 1933, Alemania era un país «avanzado culturalmente». Eso es lo que pensé en aquel tiempo, cuando la «cultura» estaba asociada, en la mente de las gentes, a ciertas apariencias externas. Hacía mucho que Alemania había eliminado el analfabetismo, tenía buenas carreteras, muchos automóviles para esos días, muchos institutos especializados, excelentes hospitales, una industria impresora altamente desarrollada... Pero todo era sólo una fase de la cultura, pues



«Estoy tan convencido como siempre de que el interés en el capital no debe equipararse con el bienestar y la felicidad personal, y de que el sistema económico socialista no sólo es más racional sino más ético que el sistema capitalista. Pero debemos agregar belleza a la justicia, imbuir calor humano en los mandamientos de la nueva sociedad». Sobre estas líneas, retrato de Ehrenburg realizado por Pablo Picasso, con quien el poeta conversa en la página contigua).

en la mentalidad de un joven nazi los conocimientos por él adquiridos coexistían cómodamente con el salvajismo absoluto. Al relatarme que los soldados alemanes arrojaron a un bebé a un pozo porque perturbaba su sueño al llorar, comentó una campesina rusa:

—No tienen conciencia...

Hace mucho que modifiqué mi idea de la cultura: es un concepto complejo que requiere un alto grado de desarrollo del pensamiento crítico, sensibilidad emocional y controles morales.

Nuestra mentalidad ha cambiado mucho en el pasado medio siglo. Las ciencias naturales han hecho enormes progresos. Estamos comenzando la conquista del universo, y el concepto de lo infinito, que en los primeros años del siglo era abstracto, si no metafísico, se está convirtiendo en una realidad. El pensamiento de los astrofísicos llega muy lejos, mientras que el de los filósofos contemporáneos permanece en tierra.

Cuando era joven, creía que el progreso era posible en todas las esferas de la actividad humana. Ahora he llegado a pensar que hay un innegable progreso en las ciencias exactas, las

estructuras sociales y las condiciones de vida, pero que en la esfera en la que, debido a mi trabajo, me intereso particularmente, las artes, nunca hay ningún progreso sino cambios de forma que dan expresión a aquello que gusta a los hombres en una época determinada.

No se puede comparar el volumen de conocimientos del hombre moderno con los conocimientos de los cretenses que vivieron tres mil años antes de nuestra era. Los cretenses sabían muy poco, y nosotros sabemos aún menos que ellos. Indudablemente, había esclavitud en Chio y los hombres poblaron los cielos con dioses benignos y malévolos. Pero su arte era decorativo y más bien festivo. Sus frescos nos muestran hombres y mujeres que nos recuerdan nada menos que a los de Toulouse-Lautrec. Los frescos de Ajanta, en la India, fueron pintados con gran habilidad, y se parecen mucho a las telas de Botticelli.

No hay progreso en materia de arte. También sería una locura afirmar que la escultura moderna es mejor que la de Elora o la de Micenas. El hombre es más propenso a ser conmovido por el arte de su propio tiempo, pero no porque sea más perfecto, sino porque está orgánicamente relacionado con él. Al mismo tiempo,

debo confesar que en mi juventud la literatura y el arte ocupaban un lugar mucho más importante en la vida de los pueblos que hoy. El arte llega ahora a un mayor número de personas que antes, tanto en los países capitalistas como en los socialistas, debido en parte a las ediciones baratas de las obras de los escritores y poetas modernos, a las nuevas técnicas de reproducción, a la radio y a veces a la televisión; pero en la vida cotidiana del individuo, el arte se ha convertido en pastel cuando acostumbraba a ser pan.

Algunos dicen que ello se debe al extraordinario progreso de las ciencias naturales. Esto es verdad en parte. Hace medio siglo, primero Romain Rolland y luego Barbousse encabezaron el movimiento en pro de la paz, pero durante la última guerra lo presidió Joliot Curie. Las Conferencias técnicas tratan de asuntos de mucho mayor interés para el hombre corriente que las reuniones de los clubs de escritores. Esta explicación me parece poco adecuada. Chejov escribía hace setenta años: «**Las ciencias naturales están haciendo maravillas ahora y pueden marchar como una plaga sobre el público y conquistarlo por la pura enormidad de la masa...**». Pero en otra carta argumentaba atinadamente:



«Me gustaría que la gente no viera conflictos donde no los hay. Siempre ha habido conocimientos en el mundo. La anatomía y las letras son de linaje igualmente noble; ambas persiguen el mismo objetivo y tienen el mismo enemigo: el diablo, y no hay ninguna razón en lo absoluto para que se combatan mutuamente. Aquí no hay lucha por la supervivencia. Si una persona conoce el sistema de circulación de la sangre, es rico; si además estudia la historia de la Religión y aprende de memoria el poema «Recuerdo el Momento Milagroso», será más rico y no más pobre; en consecuencia, tratamos sólo con cosas positivas. Por eso, los genios nunca se han peleado, y en Goethe el hombre de ciencia se llevó hermosamente con el poeta».

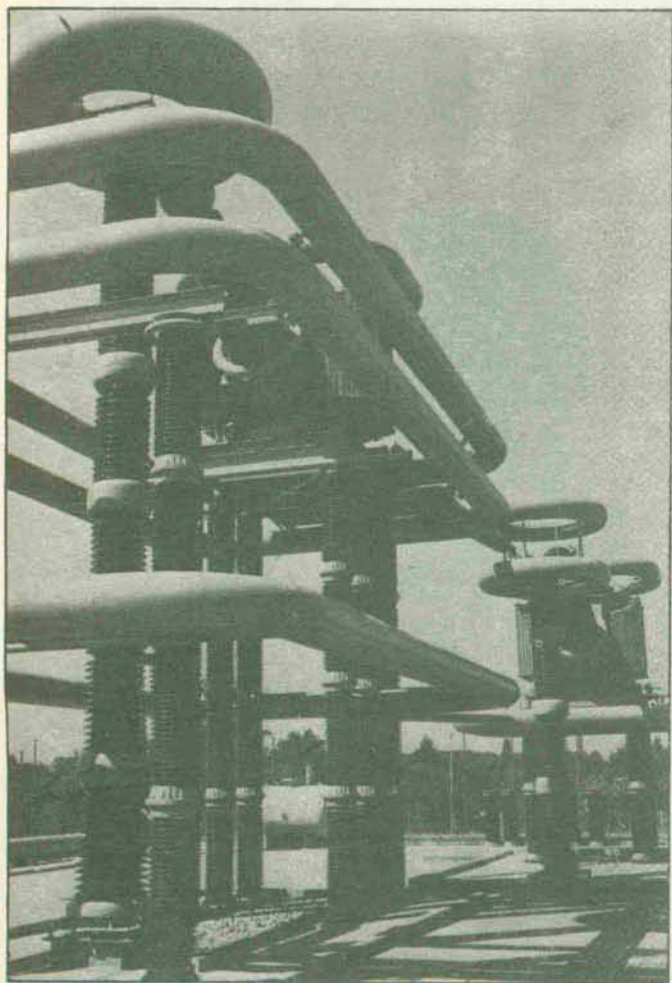
Cuando la gente educada riñe a puñetazos, podemos tener la certeza de que se conmovieron sus emociones más íntimas. Antes de la Primera Guerra mundial, dos veces vi peleas a puñetazos en funciones del ballet ruso de Diaghilev —una vez durante la representación de

«La Consagración de la Primavera», acerca de la música de Stravinsky, y la otra en «Parade», respecto a los trajes de Picasso—. En la actualidad, tales riñas ocurren sólo en los partidos de fútbol, pero dudo que muchos jugadores de fútbol sean devotos de la música.

La popularidad de los deportes no tiene nada que ver con el punto que señalo. Las causas reales están arraigadas más profundamente y son más serias: el conocimiento ha aventajado al desarrollo del carácter y a los jóvenes se les da ahora una educación más que una crianza. La gente se desarrolla tendenciosamente; por doquiera se advierte una sorprendente acumulación de conocimientos aparejada con una completa falta de refinamiento emocional. Los escritores rusos del siglo pasado eran notables por un atributo que, me parece, no ha perdido su validez: una conciencia. La humanidad no sobrevivirá sin ella.

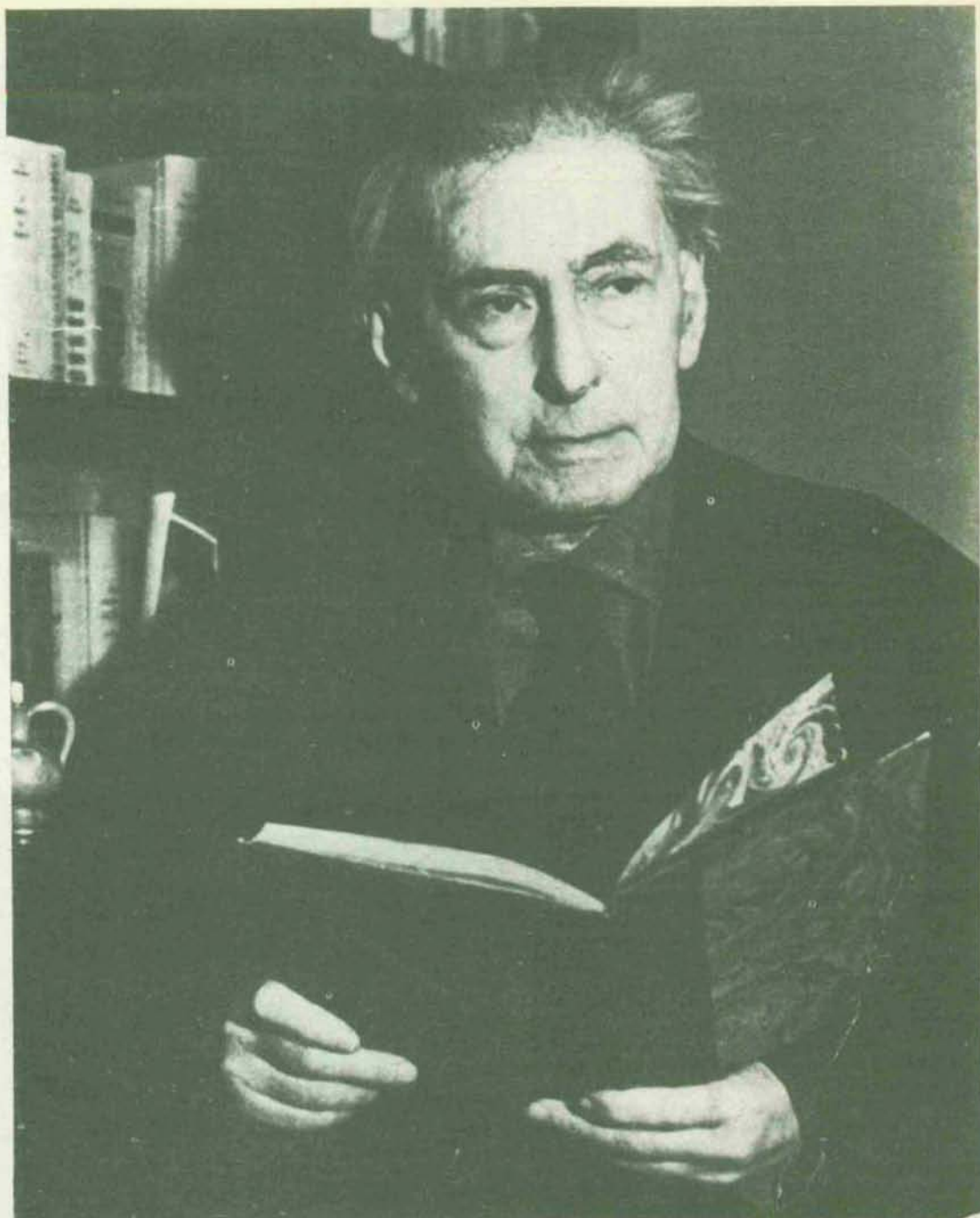
La automatización de la producción y el surgimiento de alguna nueva rama de la física o la química estrechan nuestros horizontes; pueden convertir al hombre en una pieza de maquinaria electrónica. Además, el tiempo libre se utiliza ahora para un propósito diferente. Cuando yo era niño, la gente trabajaba catorce horas diarias, llegaba a casa exhausta, comía y se iba a la cama. Ahora, la gente trabaja seis o siete horas al día; regresa a casa sin estar cansada físicamente, pero sumida en una especie de estupor motivado por la repetición de los mismos movimientos o por tratar una y otra vez problemas similares. Ningún alfarero o carpintero de hoy puede poner un poco de sí mismo en la olla o mesa que produce. Hoy no puede existir un Goethe: la suma total de conocimientos ha aumentado demasiado. ¿Qué ha de hacerse para cultivar la mente y refinar las emociones?

En arte, soy ante todo un consumidor. Cuando contemplo las telas de Picasso o Matisse, o cuando leo libros que me gustan, no me detengo a considerar cómo fueron concebidos. Lo mismo que cualquier amante del arte o apasionado lector, me entrego a la obra y dejo correr la imaginación. Según mi manera de pensar, reaccionar ante el arte es un proceso creativo capaz de ampliar y enriquecer la vida interior de una persona. ¿Qué piensa usted de Don Quijote? ¿Cómo era Hamlet? Cada individuo tiene su propia respuesta a estas preguntas: añadirá a los textos de Cervantes y Shakespeare algo de su carácter, de su experiencia. Por esta razón, en los últimos diez años ha surgido un movimiento en pro del arte entre la juventud de la Unión Soviética. Sus iniciadores, en casi todos los casos, han sido



«La gente se desarrolla tendenciosamente; por doquiera se advierte una sorprendente acumulación de conocimientos aparejada con una completa falta de refinamientos emocionales... La automatización de la producción y el surgimiento de alguna nueva rama de la física o la química estrechan nuestros horizontes; pueden convertir al hombre en una pieza de maquinaria electrónica.»

«Aunque soy anciano, sé sin lugar a dudas que conozco poco. Uno debe seguir aprendiendo mientras tenga un hálito de vida en el cuerpo: el pupitre de estudiante viene mucho mejor a un anciano que el púlpito de predicador o la silla de catedrático», mantendría Ehrenburg, de quien ésta es una de sus últimas fotos antes de morir.



muchachas estudiantes y trabajadores jóvenes. Su instinto de conservación les movió a interesar a los demás jóvenes en la poesía, la música y la pintura: no querían pasar el resto de sus vidas junto a piezas de maquinaria electrónica.

Pero estoy elucubrando. Ciertamente es que he estado hablando de lo que aprendí en toda mi vida, pero puedo haber parecido didáctico. Cuando tenía dieciséis años, acostumbraba a repetir por doquier las palabras de uno de los héroes de Ibsen: «¡Todo o nada!». Sin embargo, pronto me percaté de que el mundo no da a escoger entre todo y nada, que la vida es compleja y que ni puro blanco ni puro negro pueden usarse en la pintura. Empecé a aprender a

conocer los corazones de los demás, y sigo aún aprendiendo.

Mi labor requiere un conocimiento de los seres humanos, y pese a que tengo cierta percepción sobre las reacciones mentales y emocionales de mis contemporáneos, he de seguir estudiando todos los días para descifrar los sentimientos de los jóvenes.

Aunque soy anciano, sé sin lugar a dudas que conozco poco. Uno debe seguir aprendiendo mientras tenga un hálito de vida en el cuerpo: el pupitre de estudiante viene mucho mejor a un anciano que el púlpito de predicador o la silla de catedrático. Esa es mi convicción. ■ Selección y presentación de CARLOS SAMPAYO.